

APUNTES PARA UNA PEDAGOGÍA DE LA VIDA FRATERNA Y COMUNITARIA

Mario Ramón JIMÉNEZ, OAR

1. El don de la vida fraterna

La fraternidad cristiana es un don que viene de lo alto, que apunta directamente al Espíritu Santo, el don por excelencia, y después, al mundo de las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad), que son los lazos más estrechos que Dios establece con nosotros.

Es sorprendente cómo ante las dificultades de vivir y trabajar juntos, muchos redescubren las virtudes teologales como fundamento del vivir la fraternidad como cumbre de la vida cristiana. Al ser una realidad tan importante, es fruto de la unión de fuerzas del cielo y de la tierra, obra divino-humana, que implica todos los dones recibidos por la persona y por la Iglesia para construir el maravilloso edificio de la fraternidad.

Al hacer un repaso, primero de las virtudes teologales y después de las virtudes cardinales, podremos descubrir su contribución indispensable para la construcción y el crecimiento de la vida fraterna¹.

2. El Espíritu Santo y la fraternidad

La fraternidad puede llevarse a cabo por la presencia del Espíritu Santo, que con su acción y dinamismo remueve todos los obstáculos. Nuestro padre san Agustín dice que el Espíritu contribuye a la construcción de la fraternidad, porque libera a la persona del amor propio.

El Espíritu Santo no impone solo el deber de hacer la voluntad de Dios, sino que regala, a la vez, el placer, el gusto y el atractivo de cumplirla. Así, las personas empiezan a hacer con gusto lo que Dios manda.

1 Seguiré el esquema desarrollado por P. G. CABRA, *Para una vida fraterna. Breve guía práctica*, Santander, Sal Terrae, 1999.

Para dar ese paso del amor de sí al amor a Dios no bastan la voluntad y el libre albedrío, ni el esfuerzo ascético para liberarse de las pasiones, ni el conocimiento de la verdad. Es preciso que la voluntad misma se convierta e invierta la inclinación del corazón hacia Dios, algo que solo lo logra el Espíritu.

Podríamos añadir que, para construir la fraternidad, no basta el uso de las ciencias psicológicas, o de las más experimentadas dinámicas de grupo. Todo esto, sin la fuerza del Espíritu Santo, no funcionará; o, lo que es lo mismo, las solas fuerzas humanas resultan insuficientes para crear la verdadera fraternidad. La novedad cristiana de la fraternidad no se puede construir sin la aportación del Espíritu Santo. Olvidar esto equivale a caer en un voluntarismo estéril y frustrante, o en el pelagianismo presuntuoso e ilusorio.

3. Virtudes teologales y desarrollo comunitario²

a. *La fe*

La visión de fe

La vida en común es una cuestión de fe, más allá de la eficacia. Vivimos juntos porque hemos sido reunidos por el amor de Cristo. Este es el tema que vertebra el documento *La vida fraterna en comunidad*³. Vivimos juntos porque Cristo nos ha amado y nos ha llamado, y hemos respondido a ese amor. Cristo nos ha regalado hermanos para que juntos mantengamos la fe hasta el encuentro con el Padre. Este es el fundamento último y la razón de la vida fraterna: el amor de Cristo va siempre delante y nos empuja por los caminos de la fraternidad y la misión.

Todos los días tengo que purificar mi mirada para descubrir en los hermanos la presencia de Jesús y amarlos como los amaría él. Solo así podremos mantenernos fieles, felices, reunidos y unidos en el amor de Cristo. Solo una mirada de fe, unida a la presencia del Espíritu Santo y a la seguridad de que Cristo camina con nosotros, nos dará la fuerza para ser cada día más discípulos y más hermanos.

2 Sería interesante, en alguna reunión de estudio, repasar las virtudes teologales como dones de Dios para poder llevar a cabo la vida fraterna siguiendo el *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1812-1829.

3 CIVCSVA, *La vida fraterna en comunidad*. «*Congregavit nos in unum Christi amor*», Roma, 2 de febrero de 1994. En adelante, *VFC*.

La oración

La comunidad carece de impulso cuando no tiene la frescura del Espíritu Santo, que solo viene cuando se ora. Más aún, cuando la comunidad ora unida y perseverante. El escaso gusto por reunirse y estar con el Señor es señal de la poca fe en la fuerza dinamizadora del Espíritu Santo. La ausencia continuada en la oración común demuestra, en la práctica, la falta de fe en el Espíritu como principal constructor de la fraternidad.

En el libro de los Hechos se nos dice que dos cosas hacen a la oración poderosa y capaz de obtener el Espíritu Santo: el hacerla juntos y de manera perseverante. Es decir, la presencia y la fidelidad a un horario para reglar en definitiva nuestra vida con la oración.

La oración diaria en común, período irrenunciable de la jornada hasta el punto de supeditar las demás actividades a dicho momento central, es la oración que obtiene el Espíritu Santo y permite vivir la fraternidad.

La eucaristía

San Agustín habla de la unión estrecha entre eucaristía y comunidad: «Si lo habéis recibido santamente, vosotros sois lo que habéis recibido» (s. 227). «Sed lo que veis y recibid lo que sois» (s. 272). La calidad de la celebración eucarística y la estima de la eucaristía son directamente proporcionales a la calidad de nuestro deseo de llegar a ser hermanos.

La visita al Santísimo tiene que ser revalorizada. Es uno de los remedios más eficaces para curar las heridas de la fraternidad. En la presencia del Señor se solucionan muchas cosas, amainan muchas tormentas y se asume el coraje para emprender la reconciliación. Ciertas visitas silenciosas, envueltas en la incompreensión y el dolor, pero reconfortantes, han salvado a no pocas personas de la insignificancia, de la infelicidad y hasta de la infidelidad.

b. *La esperanza*

Contra todo escepticismo

Los frutos gratos de la fraternidad son un don, y por eso no siempre son proporcionales al esfuerzo realizado. Lo mismo sucede con la dulzura de convivir los

hermanos unidos: es un don que se nos puede dar o negar. Así que la calidad de una fraternidad no se debe juzgar por esos frutos, ni debemos desesperar porque tarden en llegar.

La fraternidad es una tensión, algo siempre perfectible, un espíritu y una serie de actitudes que no se pueden imponer por ley, sino que solo brotan de corazones animados por el Espíritu de comunión, que en el día a día inspira gestos y acciones constructivas del tejido fraterno.

Aceptación de realizaciones incompletas

La esperanza tiene dos enemigos. El primero es el perfeccionismo; es decir, el quererlo todo y enseguida, sin la necesaria paciencia para afrontar las dificultades objetivas y subjetivas. Mis propias limitaciones y las de mis hermanos han de ser aceptadas con paciencia. Las imágenes idílicas de la fraternidad no me ahorran el esfuerzo humilde y la obligación cotidiana de cuidar la pequeña fraternidad a la que pertenezco.

El segundo, la acomodación a la situación, caer en el pesimismo de que aquí y con estos hermanos no hay nada que hacer de cara a una vivencia serena de la fraternidad.

En ambos casos, hay que aceptar con realismo la lentitud de todo proceso comunitario, los claroscuros e incluso oscuridades, sin desistir nunca de ir tras la meta, paso a paso, para acercarnos a la línea de llegada de la fraternidad. Las dificultades, antes que apagar la esperanza de mejorar, nos deben animar a caminar siempre y aspirar a vencer las inercias y egoísmos para lograr la alentadora vivencia comunitaria.

El deseo de la comunidad perfecta, de llegar a participar de la comunión de los santos, proviene de haber hecho comunión con personas poco santas, poco gratificantes y poco amables. También para la vida comunitaria es indispensable la visión escatológica de la vida cristiana, que nos lanza hacia arriba, hacia los bienes prometidos.

c. La caridad

La vida común como «escuela de amor»

No hay nada más grande que amar a Dios y a los hermanos, y en este ámbito la vida fraterna trata de vivir una de las cumbres de la vida cristiana. Llama la atención que el ideal de perfección evangélica haya insistido en la importancia

de los votos y la fidelidad a las reglas, desplazando la caridad fraterna. Estas virtudes, entendidas como ideales intermedios para crecer en el amor a Dios y al prójimo, se pueden aceptar; mas concebidas como metas, son incomprensibles, aunque se trate medios nobles y evangélicos.

Ya san Bernardo definía la fuerza de la caridad fraterna como escuela de amor. Para nuestro padre, el monje no es el que vive en soledad (*monos*), sino el que es una misma cosa con los hermanos con quienes convive (cf. *en. Ps.* 132,2). En esta escuela los maestros son el Espíritu y los hermanos: estos nos ofrecen sus necesidades, sus dificultades, sus miserias, sus ejemplos y provocaciones; aquel nos concede el instinto divino que todo lo orienta hacia Dios, y todo lo une con el vínculo del amor, aun las cosas más difíciles, para que todo llegue a ser material de construcción de la fraternidad.

La ayuda recíproca

La primera lección consistirá en afinar nuestra vista sobre las necesidades de los demás, empezando por los que tengo más cerca. El amor que construye fraternidad es el que se modela a imagen de Jesús, el que sabe encajar el sufrimiento que supone la aceptación del otro, el que sabe morir a sí mismo para que el otro viva, el que sabe mantenerse firme en el sufrimiento, el que se hace responsable de las penas del otro. Este es el amor que construye.

El banco de pruebas de mi amor, incluso del amor a Dios (a quien no veo), es mi hermano (al que veo) (cf. 1Jn 4,20). Es mi disponibilidad a olvidarme de mis cosas para hacerme cargo de las suyas, que son las de Cristo. No lo olvidemos: sobre esto versará el examen final⁴.

Los muchos nombres de la caridad

Algunos nombres con los que los padres espirituales han denominado a la caridad –mansedumbre, cordialidad, afabilidad, dulzura, desinterés, capacidad de entrega, generosidad...– son distintos matices de una misma realidad que podrían caracterizar un carisma.

⁴ Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, «Dichos de luz y amor»: *Obras completas*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1993, 101, n. 59.

Pero también hay circulando monedas falsas. Una de las más perniciosas es la violencia camuflada de amor fraterno. Por ejemplo, violencia de superiores que imponen su voluntad y no escuchan a nadie; de hermanos que se imponen a una autoridad que quiere ser fraterna y se acusa de débil; de hermanos que aman la agresividad verbal, las ironías e interpretaciones malévolas de lo que dicen o hacen los demás; los silencios indiferentes... Todas estas actitudes matan la fraternidad.

Los bellos discursos de la caridad quedan enterrados bajo las arenas de la agresividad no dominada, que la mayoría de las veces se transforma en violencia verbal. En ella la caridad y la fraternidad se empantanán; las buenas intenciones de los más generosos y los entusiasmos de los más convencidos constructores de la comunidad se vienen abajo.

Sentirse amados para amar

Hay una ley humana que tiene muy pocas excepciones: quien se siente amado, normalmente también sabe amar. «Amor saca amor», decía santa Teresa⁵. Y al contrario, ¿cómo puede amar quien no conoce por experiencia lo que es el amor? Con esto no se niega que el amor duela. Por eso debemos ponernos muchas veces a los pies de la cruz para sentirnos amados, para convencernos de que el amor de Dios es la realidad que lo explica todo.

Cuando decimos, con san Juan, que hemos creído en el amor (cf. 1Jn 4,16), es porque lo hemos experimentado y así será más fácil compartirlo. Ese amor debe ser correspondido con la práctica del amor al prójimo que crea fraternidad. Quien ha experimentado la misericordia de Dios, no puede menos de ser misericordioso, comprometido en la edificación de la fraternidad nuestra de cada día.

Podemos concluir este apartado con un texto hermoso de la instrucción *La vida fraterna en comunidad*: «La comunidad religiosa es un don del Espíritu, antes que ser una construcción humana... Por lo tanto, no se puede comprender la comunidad religiosa sin partir de que es un don de Dios, de que es un misterio y de que hunde sus raíces en el corazón mismo de la Trinidad santa y santificadora» (VFC, 8).

5 SANTA TERESA DE JESÚS, «Libro de la vida», 22,14: *Obras completas*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1994, 144.

4. La vida fraterna, obra de nuestras manos

En la lógica del reino de Dios, a todo don corresponde una tarea y un compromiso. Al don del Espíritu, que crea la unidad en la multiplicidad, corresponde el compromiso personal y comunitario de construir la fraternidad y conducir los recursos propios al bien de los hermanos. Don y compromiso son indispensables para la construcción de la fraternidad, recuerda la instrucción *La vida fraterna en comunidad*: la comunidad sin mística no tiene alma, pero sin ascesis no tiene cuerpo (cf. VFC, 23). En otro lugar insiste en que hemos de ser constructores, y no solo consumidores, de fraternidad (cf. VFC, 24).

Después de haber considerado el don del Espíritu y las virtudes teologales, no podemos dejar de lado las virtudes cardinales, que configuran la armazón del compromiso humano en orden a la construcción de la vida fraterna. Aquí nos topamos con la ascética, rama de la vida espiritual que, después de hacer fortuna muchos siglos, actualmente la tenemos muy relegada. Se trata, nada menos, que de un camino de liberación y purificación interior, exigencia evangélica indispensable para entrar en el reino, un camino para asumir mi responsabilidad personal en respuesta a los dones de Dios, la manera de aportar mi esfuerzo libre en la construcción de la fraternidad⁶.

El Espíritu ilumina acerca de las exigencias de la fraternidad y convence interiormente de la necesidad de construirla y de las condiciones para realizarla, como de la necesidad de liberarse del espíritu posesivo de apropiación y de todo apego que dificulta el vivir como hermanos. El desprendimiento con vistas a la fraternidad es siempre laborioso y oscuro. Implica una entrega llena de confianza a Dios, que de tan radical puede parecer un salto en el vacío, pero se trata de llegar a tener un corazón libre y desprendido, que encuentre su plenitud en el abandono confiado en las manos de Dios.

El Espíritu nos hace ver también el precio a pagar por la fraternidad, y no permite que nos quedemos solo con un idealismo no corregido por un sano realismo. No debemos equivocarnos: hay que aceptar las exigencias e implicaciones personales. Dicho precio lo podemos llamar el esfuerzo de nuestras manos, la dimensión humana y ascética necesaria para la construcción de la fraternidad. Aquí entran las virtudes cardinales (la fortaleza, la prudencia, la justicia y la templanza) como la respuesta del hombre a los dones de Dios.

6 Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, 1803-11.

a. *La fortaleza*

Es la virtud cardinal que tiene el primer lugar, pues vivir la fraternidad es exigente, máxime en estos tiempos que es demasiado desconocida e ignorada. Se dirige a uno mismo para aceptar una regla y una comunidad como familia. Es la que me hace capaz de dominar mis inclinaciones propias para orientarlas al bien común. Es necesaria para vencer al hombre viejo, curvado sobre sí mismo, atormentado por sus problemas como si fuera el centro del mundo, tendente al victimismo y a culpar a los demás de su infelicidad.

Solo la fortaleza desaloja al hombre viejo para hacer sitio al nuevo. Acude en nuestra ayuda para superar la rutina, para vencer la cotidianidad con espíritu creativo, para no convertirnos en víctimas, sino en protagonistas que hacen de la realidad instrumento en la construcción de la fraternidad. La fortaleza es capacidad de iniciativa para simplificar las cosas complicadas yendo siempre a lo esencial.

La vida fraterna se sustenta en los talentos de todos, en aceptar los retos de la misión con iniciativa creativa, en guardar las fuerzas interiores para las verdaderas pruebas de la vida y no perderse en el laberinto de las susceptibilidades, críticas veladas, tendentes a minusvalorar el esfuerzo ajeno y a aferrarse en los estériles pretextos.

La paciencia es la cualidad de quienes constituyen el suelo fértil en el que la semilla produce el céntuplo. Los pacientes son personas de corazón noble y generoso que, después de haber oído la palabra, la conservan y fructifican abundantemente gracias a su perseverancia. Por todo lo dicho, la paciencia es uno de los rostros de la fortaleza.

Se dice que la paciencia es la virtud de los fuertes (que, por cierto, no está de moda, pues se han debilitado mucho sus ámbitos de referencia, como la unidad familiar y la fraternidad). Cuando renunciamos a la paciencia, ponemos en peligro la solidaridad y la cohesión comunitaria.

El mito de la eficacia dificulta la paciencia. Hay que respetar el ritmo de cada uno y su crecimiento gradual. Hacernos cargo de las situaciones por las que está pasando el hermano, bien sea por heridas del pasado o por frustraciones y desengaños del presente. Decía san Gregorio Magno que la victoria sobre nosotros mismos –paciencia del corazón–, por amor a los hermanos, nos vale la gloria del martirio⁷.

Cuando la fortaleza va unida a la dulzura de corazón y de trato, se hace invencible. Existe el peligro de que los fuertes puedan tornarse arrogantes y los dul-

7 Cf. SAN GREGORIO MAGNO, *Regla pastoral*, Madrid, Ciudad Nueva, 2001, 134ss.

ces, manejables. Una buena mezcla de estas actitudes pone freno a los excesos. La dulzura es una de las variantes de la fortaleza y excelente ayuda para ejercer el servicio de gobierno y la colaboración obediente.

b. *La prudencia*

Como reza el adagio, es el auriga-piloto de las virtudes, virtud fundamental de la autoridad; pero no puede faltar en los hermanos comprometidos en la construcción de la vida fraterna.

La revalorización de las cualidades humanas para la fraternidad es urgida en la actualidad, como recoge la instrucción: «Es muy útil llamar la atención sobre la necesidad de cultivar las cualidades requeridas en toda relación humana: educación, amabilidad, sinceridad, control de sí, delicadeza, sentido del humor y espíritu de participación» (VFC, 27). Esta recomendación está muy en sintonía con lo que Pablo presenta como frutos del Espíritu (cf. Gál 5,22-23).

Hay entre los consagrados gran demanda de sinceridad y educación. La primera, a veces, resulta difícil de practicar en un régimen autoritario o de presión social; pero su ausencia siempre denota un deterioro de las relaciones fraternas. La buena educación debería ser más fácil de practicar, pero el abandono de la enseñanza de la cortesía y de las buenas maneras, unido a los mitos de la espontaneidad y del igualitarismo democrático, parece que la han hecho superflua.

Pero no cabe duda de que un poco de *señorío* (que no es otra cosa que respeto mutuo, cuidado de no franquear ciertos umbrales de la vida personal ajena), de estima y valoración de las cualidades de los demás contribuirán a crear un clima de respeto, aprecio y amabilidad en las relaciones comunitarias.

La instrucción *La vida fraterna en comunidad*, citando al Magisterio de la Iglesia, alarga el elenco de cualidades humanas que ennoblecen la vida fraterna: «la alegre sencillez, la sinceridad y la confianza mutuas, la capacidad de diálogo, la adhesión a una benéfica disciplina comunitaria» (VFC, 27).

Unir la autenticidad con el respeto a una benéfica disciplina comunitaria, es una operación de alta prudencia, a la que una autoridad inteligente puede hacer una contribución importante. La prudencia sugiere pedir a los hermanos lo que puedan dar, no excedernos en las expectativas y forzar a los demás. Admitir la realidad humana con sus limitaciones y heridas, junto a sus potencialidades, nos ayudará a adaptarnos al ritmo de los demás y a no forzar más de la cuenta su respuesta. La fraternidad es fuente de felicidad cuando aceptamos a los demás por lo que son, sin exigirles lo imposible.

La buena salud de la vida fraterna depende del no fácil equilibrio entre oración y trabajo, estudio y actividad, esfuerzo y descanso, tiempos personales y momentos comunitarios, creatividad y reglamentación, atención a la vida fraterna y al trabajo apostólico.

Hay que buscar la justa medida, la *discretio* que procura la salud de los particulares y de la fraternidad, que así no se ve invadida por las tensiones del estrés o el exceso de ocio. El equilibrio comunitario se debería evaluar con frecuencia para alcanzar el bienestar humano y espiritual de los hermanos. Otro pasaje de *La vida fraterna en comunidad* ilustra esto: «Es necesario buscar el justo equilibrio, no siempre fácil de alcanzar, entre el respeto a la persona y el bien común, entre las exigencias y necesidades de cada uno y las de la comunidad, entre los carismas personales y el proyecto apostólico de la misma comunidad. Y esto dista tanto del individualismo como del comunitarismo nivelador» (VFC, 39). San Agustín nos habla bellamente de esta realidad (cf. *conf.* IV, 8).

Finalmente una invitación al gozo de vivir juntos, siguiendo la exhortación de san Pablo en 1Tes 5,16. La prudencia exige cultivar no solo el deber, sino también la alegría compartida con sencillez. Para terminar este apartado, habría que leer y meditar el elocuente e iluminador n. 28 de *La vida fraterna en comunidad*. Su entero contenido es una vibrante exhortación a vivir la alegría, signo de la llegada del reino de Dios, de convivir los hermanos unidos.

c. *La justicia*

En nuestros tiempos han disminuido los privilegios de los superiores, gracias a Dios, situación muy loable, pero no es tan loable que no cuenten con los medios y la libertad necesarios para desempeñar eficazmente el servicio de autoridad. Si en el pasado era dañino para la fraternidad una autoridad omnímoda, hoy corremos el peligro de vernos sometidos por grupos fácticos que controlan desde la sombra las cosas y que no fomentan la construcción de la fraternidad.

Hubo un tiempo en que se discutía que, por el hecho de ser hermanos, todos deberían ser amigos. Es una gran equivocación. La lengua griega tiene tres palabras para expresar las diversas clases de amor: *eros* o amor de atracción, *philia* o amor de amistad y *agape* o amor fraternal. El primero implica atracción física, el segundo sería espiritual y el tercero no implica ninguna atracción, porque es una entrega gratuita.

El mandamiento del Señor se refiere al *agape*. Si no a todos debemos amistad, porque no podemos sentirnos cercanos a todos con la misma afinidad, el

amor ágápio lo debemos a todos, porque a todos les debemos el obsequio de nuestro servicio, de nuestro respeto y atención. Así pues, aunque solo algunos pueden llegar a ser nuestros amigos, todos deben llegar a ser nuestros hermanos.

La gran tradición de la vida cristiana y consagrada nos dice que todos hermanos, algunos amigos y ningún amigo ambiguo o excluyente. Esto solo se logra con la fuerza y la consolación del Espíritu, que suscita en nosotros el querer y el obrar según Jesús.

La reconciliación es uno de los ejes de la vida de la fraternidad, que no está compuesta por santos, sino por pecadores reconciliados. Las ofensas voluntarias o involuntarias forman parte de la convivencia, y la reconciliación es el remedio para esas heridas que, si se descuidan, pueden ser de difícil curación. Una de las causas de desencuentro es la diversidad del otro, que suscita desconfianza, defensa y aversiones. El milagro del *agape* radica en mostrar el otro rostro de la diversidad; es decir, la complementariedad, la variedad de dones que tenemos para el enriquecimiento mutuo. El *agape* se convierte en atención y acogida: atención no solo a las carencias del otro, sino también a los dones; y acogida de la persona con sus valores y defectos.

La reconciliación sacramental, tan descuidada, es camino para la reconciliación mutua. El perdón implorado de lo alto para ser luego repartido a los hermanos fortalece los lazos en la fraternidad, pues es más fácil que los hermanos tengan compasión de mí cuando tomo conciencia de mi pobreza, límites y necesidades. «Los gozos y experiencias del perdón sacramental, en el camino compartido con los hermanos, hace dócil el corazón y alienta el compromiso por una creciente fidelidad» (VFC, 95)

Algo que parece imposible que se cuele en la vida fraterna son los celos y la envidia, difíciles de detectar, ya que se disfrazan de interés por el hermano y por la comunidad. Si para detectarlos hace falta lucidez y humildad, para superarlos se requiere echar mano de la paciencia con uno mismo. Son como esa espina en la carne, de la que habla san Pablo (cf. 2Cor 12,8).

La liberación pasa por la oración intensa y por la atención a los camuflajes, como el excesivo cuidado por la ortodoxia, del buen nombre de la comunidad, la observancia de las reglas y la tendencia a acusar a los demás y caer en las calumnias, la maledicencia, la siembra de sospechas, la proyección de sombras sobre lo que son y hacen los demás. El consejo de Jesús «orad y vigilad» (cf. Mt 26,41) nos viene de perlas para no dejarnos envolver en la perversa dinámica de las envidias y los celos.

También la gratuidad forma parte de la justicia. Vivimos proyectados al futuro y en medio de cambios vertiginosos que no nos permiten apreciar que la fraternidad es un don que viene de lo alto y que, además, se nos ha ofrecido por

la generosidad de muchos hermanos, que nos acogieron en la comunidad. Pero no basta el pasado, hay que admitir que estamos inmersos en este preciado don, que es nuestro aval para no caer en la soledad. Hay que admitir que la vida toda es un don de Dios que se une a los hermanos para regalarnos la fraternidad. Don que debemos recibir con agradecimiento al dador de todo bien; que nos hace optimistas al contemplar cuán bueno es Dios en sus dones; que nos hace personas alegres, pues nos torna conscientes de la grandeza y gratuidad de los bienes recibidos sin merecimiento alguno por nuestra parte.

En nombre del legítimo «todo es perfectible» no podemos olvidar todo lo que hemos recibido, so pena de ser ingratos y hasta injustos. Tenemos que recuperar la lucidez de la mirada, una lucidez que nos permita comprender que también el don de la fraternidad supera muchas de las deficiencias anejas a nuestra realidad humana. ¡Si la gratitud es memoria del corazón, también es justicia hacia Dios, hacia los hermanos y hacia el pasado y presente de nuestra vida fraterna!

No podemos terminar estas reflexiones sobre la virtud de la justicia sin una alusión a la identidad y a la regla. La vida fraterna no puede construirse «a la carta», de forma subjetiva y según las corrientes del momento; sino conforme a un ideal aceptado en común y que es el que trazan la regla y los documentos fundacionales. Cada misión tiene un tipo de comunidad y cada comunidad tiene su ideal plasmado en esos escritos fundacionales, que garantizan su identidad y son un punto de referencia permanente.

Esto no quiere decir que se ponga la norma por encima de la caridad, sino que se ofrecen a la caridad las grandes líneas desde las que ella pueda construir la vida fraterna para el servicio de la misión.

Someterse a una regla común como señal de amor al ideal propio de la vida fraterna, la misión encomendada y la gran familia a la que se pertenece. Un poco de disciplina no viene mal, pues es una manifestación de verdadera caridad para con los hermanos que se ven respetados en sus convicciones y formas concretas de vivirlas.

d. *La templanza*

Hay amarguras que provienen de aspiraciones frustradas a un ascenso, por pequeño que sea. El mejor modo de amargarse la propia vida y la de los demás es ansiar grandes cosas, alimentar deseos de grandeza engañándonos a nosotros mismos con sentimientos de frustración ante la falta de reconocimientos que creemos merecer y nunca llegan.

La templanza en los deseos de grandeza y en la ambición evita la multiplicación de los *mártires de la esperanza*, de la esperanza desilusionada. No cabe duda: el deseo de sobresalir, la búsqueda de los primeros puestos, por interés o por aversión, atraen las intrigas y la maledicencia, hiriendo la vida fraterna en lo más profundo. En este contexto, la templanza del deseo es fuente de serenidad y a veces trae reconocimientos inesperados.

Esta fue una de las tentaciones más frecuentes entre los discípulos de Jesús, que siempre actuó de forma contundente: quien quiera ser el primero, que se ponga en el último puesto. ¡Y el que quiera ser el primero, que sea el servidor de todos! (cf. Mc 9,32).

Por desgracia, la lucha por el poder no es ajena ni a las fraternidades más avanzadas, porque ponerse por gusto en el último puesto, la verdad no apetece. Para llegar a tener esta actitud hay que purificarse y aceptar con paz que en el reino de Dios uno llega a ser grande cuando se hace pequeño y sirve a todos.

Abrigar expectativas realistas acerca de la vida fraterna, sabiendo que la comunidad verdadera y perfecta es la escatológica, que solo se logrará cuando lleguemos a la meta; o sea, al encuentro con la Trinidad, modelo de toda comunidad. El desear aquí y ahora una fraternidad perfecta significa olvidarnos de que somos caminantes, peregrinos, cansados o descansados, y muchas veces distraídos constructores de fraternidad. Por tanto, hay que abandonar las propias ilusiones sobre la comunidad.

Todos albergamos ilusiones y expectativas: hay tantos proyectos de fraternidad como personas. Entonces no es malo ser realistas. En todas las formas de convivencia hay retos y logros, afectos y desafectos. Se trata de aceptar la realidad sin derrotismo, para superarla gracias al *agape*, al amor que nos viene de Dios.

Vivir en paz con todos, nos dice san Pablo, no depende solo de nosotros. Es indispensable la colaboración de los demás. A nosotros nos toca ser constructores de la paz, sin falsas ilusiones; pero con la certeza de trabajar por una causa justa y con la seguridad interior de que es evangélico sembrar la paz sin descanso.

La humildad también resulta inseparable para la vida fraterna, hasta el punto de convertirla en escuela de la verdadera humildad. Hace falta estar avanzados en humildad para escuchar, sin sentirnos amenazados, la verdad que los otros quieren decir, para convivir con quienes piensan distinto y para soportar las interpretaciones malévolas de lo que hemos hecho. La búsqueda de alabanza, de estima y de aplauso crece con facilidad. Por eso hay que estar vigilantes para seguir los impulsos del Espíritu hacia el amor a Dios en los hermanos.

La vida fraterna realiza lo que particulares no podrían en cuanto a curar y superar distorsiones sobre la apreciación propia de nuestras acciones y sus motivaciones, que no siempre son auténticas. Los hermanos no solo ven nuestras

nobles intenciones, sino también nuestras realizaciones incompletas, mucho menos perfectas que nuestras intenciones. Así nos ayudan a conocernos de verdad: permitiéndonos progresar en la humildad nos hacen crecer en la verdad de lo que somos. Una escuela de humildad y de descubrimientos insospechados sobre nosotros mismos. Escuela además de un estilo más sencillo y auténtico de las relaciones con los demás.

En cuanto a la autoridad, hoy no hay peligro de endiosarla. Más bien la dificultad está en saber la medida justa entre el debido y necesario respeto y la fraternidad compartida, que crea un clima fraterno que impide que nadie se suba a un pedestal, pues dañaría las sanas relaciones comunitarias. Para esto es bueno recordar la palabra de Jesús transmitidas en Lc 22,25-27.

Atención privilegiada a los débiles, personas que no se han hecho notar, que no han destacado, que han vivido en la oscuridad o en el callado sacrificio de toda vida. Son personas que muchas veces han llegado a la verdadera humildad, mientras que en otras circunstancias se sienten orilladas o simplemente humilladas.

En una fraternidad, la atención no debe ponerse solo en el que produce, sobresale, triunfa y da prestigio a la comunidad; sino también en quien parece aportar poco, en quien realiza el trabajo sencillo y callado, así como en quien boicotea el trabajo por estrechez de miras o por continuar en su estilo de vida tranquila y sin complicaciones.

Como en las familias las atenciones mayores se las llevan los menos dotados, así debería ser en nuestras fraternidades y así podríamos descubrir qué criterios nos mueven: si la búsqueda de la eficacia o la caridad auténtica. Lo mismo debería ser hacia nuestros ancianos y enfermos, realidad cada vez más presente en nuestras comunidades. La lectura del número 68 de *La vida fraterna en comunidad* nos podría ayudar a valorar cómo atendemos a nuestros ancianos.

La ambición, el ansia de dominar, forma parte del bagaje humano; pero hay que frenarlo con sumo cuidado. Es una de las pasiones que mueven, consciente o inconscientemente, muchas actitudes. La humildad debe vigilar este deseo vehementemente de ser más y de sobresalir por encima de los otros. La vigilancia sobre uno mismo nunca es excesiva, porque el deseo de sobresalir se filtra por todas partes, cubriéndose incluso con los ropajes más llamativos de la virtud.

Por último, una comunidad en paz es fruto del paso, laborioso y cotidiano, del yo al nosotros. Si la paz entre las naciones es fruto de la victoria de una facción sobre la otra, en la vida fraterna es fruto de la victoria sobre nosotros mismos, sobre el hombre viejo que quiere sobresalir.

No se trata de destruir al enemigo, sino a la enemistad entre nosotros: para ser artesanos de la paz hemos de dar muerte en nosotros al mal. Para llevar la paz, hay que tenerla antes en el corazón. Si para hacer la guerra hace falta una movili-

zación general, para la paz basta con empezar por uno mismo. La paz se difunde por sí misma cuando parte de un corazón pacificado.

Al terminar este repaso a las virtudes cardinales en su relación con la fraternidad, conviene recordar que su práctica introduce en el camino de liberación interior, necesario para llegar a ser hermanos, que va de la esclavitud del hombre viejo, deseoso de poseer y ser servido, al hombre nuevo, servidor desinteresado que acepta la dinámica del grano de trigo que, para dar fruto, debe caer en tierra y morir.

Una forma de eludir este camino es considerarlo cosa de otros tiempos, un poco en la línea de Pedro, que reacciona mal ante el anuncio de la pasión (cf. Mc 8,32-33). En cambio, para quienes el discurso del amor está claro, las dificultades disminuyen. El amor de Dios, que me ama y por el que me siento amado, me impulsa a amar a mis hermanos como él me ha amado y los ha amado a ellos. Esta, y no otra, es la dimensión mística y ascética de la vida fraterna, y la gran pretensión al esforzarnos por mejorar nuestra vida comunitaria.

5. Conflictos en las comunidades, ¿cómo enfrentarlos?

La construcción de la fraternidad, como don de Dios que es, requiere la intervención del Espíritu: de ahí el papel de las virtudes teologales. Pero a todo don corresponde una tarea: por eso la vida fraterna es obra de nuestras manos y aquí entran las virtudes humanas, de forma especial las cardinales que hemos repasado.

En esta ardua obra de nuestras manos no faltan dificultades. En las páginas que restan propongo unas pistas (apuntes para una pedagogía de la vida fraterna, dice el título de este trabajo) para trabajar en la comunidad y superar las dificultades humanas inherentes a la vida fraterna⁸.

El Señor nos ha reunido para construir entre todos, más allá de nuestras limitaciones personales y de grupo, una vida más compartida en la fe, en la oración, en el compromiso (todo esto concretado en un proyecto comunitario). Y esto a pesar de las dificultades y conflictividad con que tropezamos en la vida diaria.

Estos conflictos se originan, yendo al fondo del problema, porque no es fácil conciliar en una comunidad la unión de todos, por un lado, y la diferenciación de

⁸ Cf. J. M^a. GUERRERO, *La utopía de la comunidad religiosa: desafíos y búsquedas*, Santiago de Chile 1990, 23-27.

cada uno, por otro. ¿Cómo ser uno mismo sin incurrir en el individualismo? ¿Cómo vivir en comunidad sin perderse en un comunitarismo gregario y despersonalizador?

Estos conflictos internos no deben paralizarnos, porque son una señal de que vivimos en un proyecto común personas diversas en formación, madurez, experiencia, cultura...; de que queremos vivir en sinceridad y en verdad; de que nos interesan los otros.

El problema, sin embargo, no radica en carecer de conflictos, sino en cómo afrontarlos, pues aquí se mide el espíritu evangélico. He aquí algunas sugerencias.

1.- No se solucionan los conflictos con posturas irreformables, tomadas frente al otro o los otros. Atrincherarse en lo suyo, formar banderías, traer siempre el agua a su molino, es señal de autosuficiencia, de ganas de imponer y temor de ser vencido. Así se suele dividir la comunidad en varios «enclaves» cerrados en torno a personalidades dominantes e invasoras, pero los conflictos permanecen y se agravan. Debemos desterrar de nuestras comunidades todo lo que es orgullo, prepotencia, difamación, competitividad, malhumor, indirectas y rumores.

2.- Tampoco se enfrenta un conflicto positivamente cortando la comunicación afectiva. No solo no se soluciona el conflicto con estos cotos de silencio, aplicando «la ley del hielo», como suele decirse. Es exactamente al revés: se agrava. Más aún, la comunidad se deteriora y muere. Sin amistad entre los miembros –y amistad significa cercanía, cordialidad, comunicación, cariño– es imposible que la comunidad exista. Es verdad que no hay enfrentamiento campal, ni agresividad, pero es la paz de los muertos, porque no hay calor humano.

3.- Pretender encarar el conflicto con talante batallador (discusiones tercas y porfiadas, con ironías malévolas, gestos duros y agresivos, malos modos y portazos) es errar el camino. Luchando se puede destruir al enemigo, pero nunca convertirlo. Y nuestras comunidades son un grupo de «amigos en el Señor», no de personas que se ignoran o se combaten. La gente necesita ver que los religiosos se quieren, se comprenden, se ayudan y se perdonan.

4.- Resulta también cómodo y fácil acusar injustamente al otro de las tensiones y conflictos que la comunidad vive. La acusación o el ataque es la defensa del débil. Cargar a otro con las culpas de los demás es convertirlo en chivo expiatorio, pero no solucionar ningún conflicto y sí una cobardía, una injusticia y una manifiesta falta de humildad. En cambio, es un buen camino no cuidar tanto mi auto-imagen y preservar más la de los otros. No podemos salvarnos a nosotros mismos hundiendo a los que están a nuestro alrededor.

5.- Los conflictos hay que enfrentarlos como se afrontan y se resuelven los problemas entre hermanos: en el respeto, la comprensión, la humildad, el diálogo, en un ambiente de confianza, de cariño, de sinceridad, donde podamos expresar lo que pensamos, lo que sentimos y proyectamos. Dialogar no es imponer, sino expo-

ner con sencillez de corazón; no es manipular, sino buscar. El hacerse vulnerable a la verdad del otro para enriquecer la propia es el medio más eficaz para construir comunidad.

6.- Es necesario aceptar un sano y legítimo pluralismo, liberándonos de los falsos aspectos de una «unidad» que paraliza. La «unidad» a la que estamos llamados no consiste en esa «uniformidad» que cubre, ocultando disimulos y tensiones. Es la «unidad» que crea la caridad de Cristo al hacernos superar las diferencias y barreras que existen entre nosotros. No se trata, por otro lado, de vivir una comunidad ideal, y por lo tanto ficticia, sino de una vida en común, fundada en la caridad, la fe, el perdón, la aceptación de cada uno como es: con sus cualidades y flaquezas, reconociendo lúcidamente las legítimas diferencias y no tratando de disimularlas o suprimirlas, sino de asumirlas en una unidad superior que será un signo eficaz y liberador de que el amor del Señor es más grande que nuestros rechazos y flaquezas.

7.- Es sano y decisivo que no dramaticemos ni distorsionemos la comunicación ni que filtremos lo que escuchamos según de dónde venga. Lo importante es que podamos encontrar en la verdad y que podamos expresar lo que pensamos y sentimos directa, personal, adecuada y positivamente.

8.- Creo que parte de los conflictos vienen porque no nos sentimos implicados en las decisiones de la comunidad, porque se elaboran sin contar con nosotros, por lo menos suficientemente. Por eso, discernir juntos en libertad y responsabilidad será un buen modo de solucionar los conflictos. Y no solo discernir, sino también realizar esas opciones con espíritu de solidaridad, sin competencias y envidias, porque la misión de cada uno es misión de todos, ya que es misión de la comunidad o de la orden.

9.- No llegaremos a las soluciones definitivas de nuestros conflictos con métodos puramente técnicos. No fue así como afrontó el creyente Pablo los conflictos, no menos radicales e inquietantes, que surgieron en las iglesias por él fundadas. No minimizó dichos conflictos, ni los ignoró. Los encaró desde la fe. Es precisamente interpelando a la fe de los creyentes como pretendió superarlos. Para él, es la fe la fuente de una nueva unión. Pablo no contaba –ni las iglesias de entonces– con tantos medios humanos y psicológicos como nosotros; pero su fe era más vigorosa y fuerte que la nuestra. Sin ignorar aquellos medios, deberíamos quizás insistir más en esta.

Conclusión: así se construye una comunidad

Hemos llegado al final de esta reflexión, buscando una pedagogía para la vida fraterna y comunitaria. Es hora de recoger en un puñado de actitudes, tendientes a construir fraternidad, cuál es el desafío que sentimos los que hemos sido

convocados por el Señor para testimoniar su amor. Se trata de una interpelación personal a cada miembro de la comunidad.

1.- Siéntete responsable de tu comunidad, de todos y cada uno de sus miembros. Y sirve, pues, en la comunidad religiosa, todos estamos para servir. Sirve, aunque tus compañeros de comunidad sean, a veces, comodones.

2.- Respeta a las personas (aunque estas tengan sus taras, falta de cultura), sin intentar jamás manipularlas para tus fines personales o institucionales. El respeto sincero y profundo hacia la persona de los otros miembros de la comunidad es una actitud fundamental de cara al proceso de crecimiento y maduración de la misma.

3.- Acepta a los miembros de la comunidad como son, sin intentar que sean como te gustaría que fuesen. Todos tienen derecho, como tú, a ser ellos mismos, a ser «diferentes». Y tienen, a su pesar, taras como tú, de las que no es fácil desprenderse. No olvides que tenemos frecuentemente la tentación de hacer a los demás «a nuestra imagen y semejanza» o a la medida del ideal personal.

4.- Alaba con naturalidad las cualidades de tus compañeros de comunidad y celebra sus aciertos, tanto en su presencia como en su ausencia. Haz de esta alabanza y celebración objeto de oración gozosa ante Dios, Padre de todos los miembros del grupo. Esta actitud positiva cohesiona a la comunidad y la fortalece notablemente. Es contrario a esta actitud competir, envidiar, querer sobresalir sobre los otros, dominar.

5.- Cultiva la educación en las relaciones comunitarias, con sencillez y naturalidad. Pide las cosas por favor. Si haces algo mal, solicita perdón y rectifica en lo posible. Agradece a los demás sus pequeñas o grandes atenciones contigo o con la comunidad, y trata de tenerlas mayores con todos.

6.- Acoge, estimula, ayuda, sonrío, defiende, aplaude, alienta, gratifica... a los hermanos. Esto influye siempre positivamente en la convivencia, en el trabajo común, y fortalece los vínculos internos de la comunidad religiosa. Y no olvides que la corrección fraterna nunca debe brotar como un desahogo de la cólera o de la molestia personal. Es una expresión de amor al otro y debe hacerse en un ambiente de confianza y cariño. No se le puede hacer el bien a quien no se lo quiere bien.

7.- Sé tú mismo, diáfano, veraz, auténtico, consecuente... No te permitas la doblez, la falsedad, la mentira, las máscaras, la doble cara... La convivencia verdaderamente humana, y más la propia de una comunidad religiosa, se edifica solo por y sobre la verdad y desde la sinceridad y transparencia.

8.- Vive las alegrías y tristezas de los miembros del grupo como tuyas. Haz tuyos sus problemas y preocupaciones. Gózate de los triunfos de la comunidad y

de sus integrantes como de los propios. Todas las personas suelen ser muy sensibles a esta constructiva actitud de solidaridad.

9.- Procura amar y servir a fondo perdido, sin pasar facturas, ni cobrar comisiones, sin exigir respuestas, lejos de una actitud mercantilista. Si algo no puede ser objeto de negocio dentro de la comunidad, es la amistad, el servicio, el amor, el mandamiento nuevo. Ama lealmente. El amor leal es el que se ofrece en libertad a alguien, aun a sabiendas de la posibilidad, o más aún, de la certeza de no ser correspondido. Nunca te coloques en el centro de tu comunidad. No es el sitio del que sirve.

10.- Acepta y ama a las personas de la comunidad por ellas mismas, no por el provecho que puedan reportarte. Interesarse continuamente y con sinceridad por los demás, aunque en ocasiones no se interesen por ti o por tus cosas, hace provechosa la convivencia y vivificante la vida del grupo. Y desde luego, es una actitud que construye la fraternidad.

11.- Haz un esfuerzo (grande si fuere necesario) por comprender, perdonar y olvidar los roces, malentendidos y conflictos que se hayan producido en el grupo. Son inevitables. Esto no es lo peor, sino el guardarlos dentro, «rumiarlos», aumentar su importancia dándoles vueltas... Esto sí que es funesto para la comunidad. La incomprensión y la cerrazón secan las fuentes del dinamismo y de la alegría. El perdón cura y restaura.

12.- No dramatices ni magnifiques los pequeños roces de cada día. Sin un sentido del humor que nos impida tomar demasiado en serio nuestras pequeñeces, no seremos capaces de crear comunidades sanas que signifiquen una aportación a la fraternidad de nuestra sociedad.

13.- Acoge al otro «metiéndote en su pellejo», aunque esto sea difícil, y acepta, escucha, comprende, anima y sirve en la medida en que él quiere ser servido por ti. Vive unido a los miembros de la comunidad desde dentro (por el corazón) y no por la mera epidermis de un mismo lugar, una misma tarea, unas normas comunes, una simple convivencia...

14.- Cultiva con gran interés el buen humor, la alegría, el optimismo, y coopera así al bienestar de la comunidad. Ésta precisa del gozo compartido, del relax comunitario, del sentido festivo de la vida, para hacer más sencillo y fácil lo difícil de la convivencia humana.

15.- No critiques jamás la conducta de los miembros de la comunidad, y menos a sus espaldas. No aires sus defectos ni los fomentes. ¿Quién no tiene defectos? En este campo intenta comprender, animar y ayudar con amor. Hay que querer a los miembros de la comunidad como son, incluyendo sus aspectos defectuosos, sin que esto suponga pactar con el mal.

16.- Empéñate en descubrir día a día, reunión a reunión, en extensión y profundidad, lo positivo que hay en tus compañeros. Y ten muy en cuenta que, cuando se ama suficientemente a las personas, se encuentra en ellas lo bueno y positivo con facilidad. Si ves muchos defectos en un miembro de tu comunidad, pregúntate si lo quieres de verdad.

17.- Expresa tu fe con naturalidad y sencillez. Ora y ayuda a que ore la comunidad. Una comunidad que no ora, se banaliza y pierde identidad. Colabora en la preparación de la Liturgia de las Horas, celebraciones de la palabra, eucaristía..., y participa en ellas con profundidad. Estas acciones cooperan notablemente a la identificación de la comunidad cristiana como tal, la cohesionan, construyen y vivifican.

18.- Trabaja para que tu comunidad no sea coto cerrado, grupito narcisista sin cohesión con otras comunidades o grupos cristianos. Cultiva la apertura, la universalidad. Procura que la comunidad se esfuerce por vivir con estilo verdaderamente eclesial y de comunión.

19.- Arrima el hombro a las cargas de los otros. Con eso cumples la ley de Cristo. Sé paciente, afable y no tengas envidia. No te jactes ni te engrías. No seas grosero ni busques lo tuyo. No te exasperes ni llesves cuentas del mal. Disculpa siempre. El amor no falla nunca (cf. Gál 6, 2; 2Cor 13,4-8).

Hasta aquí nuestro caminar en búsqueda de pistas pedagógicas para mejorar la vida fraterna. Por ideas, creo que se han acumulado muchas. Ahora viene el momento de la imaginación y de la valentía para ponerlas en práctica. Pidamos al Espíritu su luz para iluminar nuestro caminar y su fuego para calentar nuestras comunidades con calor de hogar. Dios, que empezó en nosotros esta buena obra, sea quien la lleve a término.

Mario Ramón JIMÉNEZ
Casa de Formación San Agustín
Las Rozas (Madrid)

Resumen

Para que los religiosos en general, y los agustinos recoletos en particular, se presenten ante la sociedad como expertos y exportadores de vida fraterna, primero han de aprender a convivir. Durante mucho tiempo, se ha pensado que este arte se aprendía por ósmosis. Hoy, sin embargo, existe la conciencia de que se requiere una pedagogía para crecer en esta dimensión. El autor ofrece en estas páginas dicha pedagogía, centrándose en un elemento que construye la vida fraterna: la calidad del diálogo interpersonal y la asertividad para posibilitar una comunicación más fluida y más intensa. La minuciosidad y el descenso a la experiencia cotidiana patente en estas reflexiones aportan guías prácticas para que la comunidad aprenda a cultivar la comunicación en sus diversos niveles.

The art of sharing

In order for the religious in general, and the Augustinian Recollects in particular, to become experts and promoters of fraternal life, firstly, they ought to learn how to live together. For a long time, it was thought that this art was learned by osmosis. Today, however, there is an awareness that a pedagogy is required to grow in this dimension. The author offers in these pages that pedagogy, focusing on an element that builds fraternal life: the quality of interpersonal dialogue and assertiveness to make a smoother and more intense communication possible. The everyday experience provides practical guidelines for the community to learn how to cultivate communication at various levels.